

TRADUCCIONES FRANCESAS DEL *QUIJOTE* EN EL SIGLO XX: ESTUDIO DEL PRÓLOGO DE LA PRIMERA PARTE.

Nieves Pintor Mazaeda

Nunca profecía resultó tan certera como la del Bachiller Sansón Carrasco vaticinando la posterior fortuna de las aventuras del Ingenioso Hidalgo: «A mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca».¹

Así fue. Si ya en vida, Cervantes presenció gozoso, las briosas andanzas por Europa «del Señor don Quijote», sólo en sus sueños más temerarios lo imaginaría cabalgando por todo el orbe, hablando todos los idiomas, desde un latín macarrónico hasta en tagalo y preparándose a hacerlo pronto en urdú.² Con razón corre, tenaz, el axioma que después de la Biblia el *Quijote* es el libro más traducido y leído. ¡Leyenda! dicen algunos, nosotros repetimos con Felipe II: «Es tradición y basta».

Mas, de entre todos los países que acogieron al ilustre Hidalgo con entusiasmo, quizá sea Francia el que le dispensó la más apasionada curiosidad. Nada menos que cuarenta y nueve traducciones distintas contabilizaba en 1911 Otto Von Wurzbach, hay que añadirles por lo menos seis más desde las de Xavier de Cardaillac y Jean Labarthe en 1923, pasando por Jean Babelon, Jean Cassou y Francis de Miomandre hasta las muy recientes de Aline Schulman de 1997 y la nueva versión preparada bajo la dirección de Jean Canavaggio para la Biblioteca de la Pléiade.

Razones históricas y geográficas tan obvias que son inútiles recordar, explican en parte esta superabundancia. Desde el primer momento, incluso antes de que César Oudin publicase en 1614 su «Ingénieux Don Quixote de la Manche», Nicolas Baudouin en 1608 y 1609 respectivamente, traduce entresacadas de las aventuras de don Quijote, dos episodios novelescos independientes que sintonizaban a la perfección con la sensibilidad literaria de una generación ebria de amores artificiosos y romances pastoriles: *El curioso impertinente* y las desventuras del infortunado pastor Grisóstomo: *Le curieux impertinent*, «Le Meurtre de la Fidélité et la Défense de l'Honneur. Où est racontée la triste et pitoyable aventure du Berger Philidon...». En este último incluye además el «morceau de bravoure» del discurso de don Quijote exaltando la superioridad de las armas sobre las letras en el capítulo xxxviii. Dicho sea de paso, Baudouin encabeza las filas de esas «belles infidèles» como las llamó Ménage, que un Filleau de San Martin y un Florian difundirían por toda Europa. Adereza al gusto francés el nombre de Grisóstomo que Oudin traduce fielmente por Chrysosthème, transformándolo en un «Philidon» más acorde a la sonoridad gala.³

Aquí entramos de lleno en la dialéctica de la traducción: ¿traducir cómo y para quién? Desde la más remota antigüedad, los hombres discutieron y siguen haciéndolo sin llegar a un acuerdo, la manera de franquear esa «puerta de Dios» que es lo que significa «Bâbili» en Babilonio, y restaurar así la unicidad perdida de un idioma común.

Por supuesto no es nuestra intención establecer un estado de la cuestión, tan sólo señalaremos los dos caminos clásicos indicados por Schleiermacher: «...o bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor». Estos dos caminos presuponen lógicamente dos tipos de lectores con distintas actitudes y aptitudes.

Si hemos seleccionado de entre las variadas, interesantes y sugestivas traducciones de este siglo que acaba, la que Jean Cassou preparó en 1934 para la Biblioteca de la Pléiade y la más reciente de Aline Schulman para las ediciones du Seuil en 1997, es porque nos parecen ilustrar estas dos vías. Jean Cassou retomó la traducción de César Oudin, primer introductor del *Quijote* en Francia, corrigiendo únicamente, como indica en su introducción, «algunos excesos del original», para la prestigiosa biblioteca de la Pléiade. Esta edición está destinada a un público si no erudito, al menos entendido, de alguna manera cómplice, pues conoce substancialmente la obra que va a leer, espera y aprecia las notas y aclaraciones literarias que acompañan al texto. El lector que toma entre sus manos un volumen de esta colección quiere «ir al encuentro del escritor» para identificarse con las mismas impresiones que tuviese al leer el original. Es lo que le ofrece Cassou al conservar «salvo en sus excesos» el texto de Oudin, quién a su vez respeta al máximo el original; se pega a la frase cervantina flexible, sinuosa y admirablemente articulada eligiendo casi siempre el vocablo más parecido al español y así consigue que su lector francés se rinda al encanto de un ritmo y de una lengua que le resultan familiares a través de sus lecturas de Montaigne.

En cambio, el lector que forma parte de lo que se llama «el gran público», es el más susceptible de comprar un libro de las ediciones du Seuil, en rústica, considerablemente más barato —factor digno de tenerse en cuenta— que los preciosos volúmenes fileteados de oro y estuchados de la Pléiade. Es por supuesto un lector curioso, firmemente anclado en su época, y al cual, por lo general, las notas y aclaraciones más que agradar, aburren. Por ese lector apostó Aline Schulman y para él es necesario recurrir a la segunda vía de la que nos habla Schleiermacher, o sea dejarlo lo más tranquilo y cómodo posible y hacer que Cervantes le salga al encuentro.

Jean-Claude Chevalier y la propia Aline Schulman explican en su introducción cuáles fueron las pautas seguidas para propiciar un encuentro que se reveló más fructífero de lo que se atrevían a pensar, pues en las listas de los «best-seller» del año noventa y ocho figura en buen lugar esta nueva andadura de nuestro Hidalgo.

Los meandros y remansos de los largos períodos originales se acertaron, dando lugar a tres o incluso cuatro oraciones independientes, el vocabulario se actualizó, eligiendo palabras de uso corriente, incluso familiares y coloquiales, pero sin olvidar, como recuerda la traductora, que el *Quijote* era un libro que

se leía en voz alta para el deleite de la familia o grupos de amigos y por lo tanto intentó recrear el ritmo, la cadencia y la música de Cervantes.

Para ilustrar estas dos vías nos vamos a ceñir a un estudio comparativo del prólogo de la primera parte del *Quijote*. Por supuesto, hemos seleccionado tan sólo unos ejemplos pues un estudio pormenorizado rebasaría los límites de ésta comunicación.

En primer lugar, lo que nos llama la atención de inmediato es que mientras Cassou traduce los poemas burlescos que acompañan al prólogo, Aline Schulman los omite totalmente. Con buen criterio, pues un lector que probablemente sólo le suene el nombre de don Quijote y quizá los más avezados conozcan la aventura de los molinos de viento, rechazarían por incomprensibles estas composiciones llenas de alusiones que necesitan aclaraciones y explicaciones aún para un lector entendido.

Nos detendremos un poco en la traducción de la interpelación de Cervantes: «Desocupado lector». La traducción de este epíteto «Desocupado», referido al lector, ha dado pie en la actualidad a distintas interpretaciones, comenzando por la que quiere encerrar en él todo el campo semántico del vocablo latino *otium*, insinuando un posible calco del *otiosus lector* de Quintiliano⁴.

Desde luego, es posible que así sea, pero nadie puede saber con certeza lo que estaba en la mente de Cervantes. Ahora bien, el tono irónico, la desenvoltura con la que trata sus citas latinas sin ni siquiera molestarse en comprobar su autoría o equivocarse voluntariamente, deja intuir que no le preocupaba aparentar una filiación clásica por prestigiosa que fuese. De todos es sabido la diferencia entre el «ocio», tiempo del que dispone un hombre libre de preocupaciones materiales, por lo tanto perteneciente a una clase social desahogada y el *nec-ocio*, es decir, el «negocio» de los que tienen que trabajar para ganarse el pan y por lo tanto no les queda tiempo, «ocio», para cultivar su mente y ejercitar su ingenio en ocupaciones sólo provechosas para ellos mismos. ¿Por qué no creer que Cervantes únicamente quiso decir lo que dijo, sin cargar su epíteto de una densidad sólo destinada a hacer cavilar a sus críticos? «Desocupado lector», lector que en estos momentos no estás ocupado, no tienes nada que hacer, entonces ¿por qué no coger mi libro y leerlo, a falta de otra ocupación mejor? Así lo interpretaron además sus distintos traductores hasta bien entrado nuestro siglo. Cassou respeta el adjetivo «oisif» de César Oudin. En el siglo xvii este vocablo ya había perdido toda connotación de actividad intelectual, significando sólo una ausencia de trabajo, de ocupación que, muy rápidamente se deslizó hacia matices peyorativos: el que no tiene ocupación es un perezoso, pierde su tiempo, y este tiempo lo puede emplear mal. El conocido refrán «L'oisiveté est la mère de tous les vices» cristalizó este sentido negativo. No es de extrañar pues, que los siguientes traductores sustituyesen *oisif* por «désouevré», menos ofensivo a un oído moderno. Aline Schulman elige una perífrasis enérgica: «Toi, qui prendras le temps de me lire», ocho palabras para traducir dos. El empleo del pronombre personal enfático *toi*, en lugar de *lecteur* tiene un valor imperativo que implica directamente a un individuo: «tú» y no otro; seguidamente pone en aposición una oración relativa que desarrolla sugiriendo matices que no están en el epíteto original. Pues aquí, no sabemos si este «tú» no tiene en verdad nada que hacer como el que está «desocupado» o

si a pesar de sus ocupaciones va a reservar un espacio de su tiempo para leer precisamente este libro. Es un halago apenas velado, pues en nuestra sociedad, donde la prisa y la imagen lo priman todo, el interpelado puede sentir cierta satisfacción al saberse elegido de entre una masa anónima. Esta traducción es un auténtico hallazgo, a pesar de pecar un poco de sobretraducción pues sustituye la *nonchalance* del «desocupado lector» por un decidido acto de voluntad que, sin lugar a dudas, Schopenhauer apreciaría. Su capacidad de enganchar a cualquier persona que abra el libro es evidente.

En el siguiente ejemplo: «pero yo, que aunque parezco padre soy padrastró de don Quijote...», Cassou sigue casi literalmente a Cervantes, únicamente manteniendo el blando término de cortesía «beau père» que el caballeroso Oudin prefirió a «parâtre», más sabroso pero que incluye en los dos idiomas una carga negativa por el sufijo *âtre*-astro. Aline Schulman lo conserva, mas lo coloca en primer lugar, «...qui ne suit que le parâtre de Don Quichotte et non le père...» Le da así un relieve incluso mayor que en el original, dejando en último puesto la explicación «comme on pourrait le croire», que Cervantes había escrito primero y Cassou docilmente mantenido: «aunque parezco padre soy padrastró...», «je semble être le père, ne suis que le beau père».

Veremos que es un procedimiento que Aline Schulman utiliza más de una vez para realzar un matiz o enfatizar un aspecto que le parezca poder interesar más a su lector.

El único refrán del prólogo, «debajo de mi manto al rey mato», está lógicamente traducido por sus correspondientes en francés, pero esta vez, «Charbonnier est maître chez soi» es mucho más conocido que el elegido por Aline Schulman: «je puis tuer le roi sous mon bonnet» que tiene sin embargo la ventaja de ser más cercano al original. Se ha repetido hasta la saciedad la modernidad de la lengua de Cervantes, su «oralidad», pero también la amplitud de sus períodos cuya respiración mantiene Cassou amoldándose perfectamente a ellos, lo que otorga a su traducción ese sabor ligeramente arcaizante que ya hemos indicado y hace las delicias de los lectores de Montaigne y de Rabelais, mas que corre el riesgo de cansar y aburrir a un lector menos ducho. Ahora bien, el francés moderno tiene un ritmo más ágil y sus frases habitualmente siguen el orden lógico gramatical: sujeto, verbo y complemento. Para actualizar el estilo de Cervantes Aline Schulman se vio en la obligación de cortar sus largos períodos convirtiendo en dos, tres e incluso cuatro oraciones independientes la frase perfectamente articulada en oraciones subordinadas de Cervantes. Tiene la doble ventaja de la agilidad y el evitar la engorrosa traducción de los repetitivos «como, aunque, cuando, que, etc...». De esta manera Aline Schulman imprime rapidez y actualidad a su texto sin dudar en añadir o por el contrario omitir vocablos que no se encuentran en el original para mayor comprensión de su lector. Veamos la frase en la cuál Cervantes explica su apuro en proseguir la elaboración de su prólogo: «estando una suspenso ... pensando en lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido...». Aline Schulman se desembaraza de los gerundios poniendo el verbo en forma personal, seguido de una construcción con infinitivo: «j'étais là, un jour, à me creuser la tête...». Añade el sustantivo «un jour» para dilucidar la elipse de «una» sobreentendido «una vez». Se puede argüir que la expresión idiomática «se creuser la tête» es una sobretraducción y que la prudente fórmula de

traducir palabra por palabra «pensant à ce que je dirais», «pensando en lo que diría» no traiciona a Cervantes, no hay lugar a duda. No obstante, con esta expresión tan familiar a un francés de hoy, «se creuser la tête», la traductora hace un guiño a su lector, y así lo acerca más al texto. Más adelante aclara «que este antiguo legislador que llaman vulgo» es «ce législateur de toujours qu'on nomme le public»; la traducción de la Pléiade hoy en día se presta a confusión: «l'antique législateur que l'on appelle vulgaire», puesto que «vulgaire» en francés no significa público, como en español, sino simplemente «vulgar». El ceremonioso «en fin, señor y amigo» puntualmente transcrito por «enfin, monsieur et ami» en el texto de Cassou, se convierte ahora en un desenvuelto y moderno «en un mot, cher ami». Audazmente, Aline Schulman transforma el sencillo «como veo» que Cervantes utiliza para desarrollar su idea, enlazándola con la anterior, en una nueva frase: «Aujourd'hui, on voit», mantiene así el doble registro implícito en el texto, pero dándole al utilizar el sustantivo «Aujourd'hui» que encabeza una nueva oración, un valor de actualidad viva y directa. El empleo del impersonal «on» otorga universalidad al acto individual de Cervantes «como veo» sin restarle su categoría de testimonio. Siguiendo esta misma pauta de actualización «con dos onzas que sepais de lengua toscana» se convierte en «pour peu que vous connaissiez quatre mots d'italien».

Sólo unas pocas observaciones para el último ejemplo «con silencio grande estuve escuchando (...) en aquellos contornos». Lo primero que llama la atención es la economía de palabras por una vez a favor del francés. Ciento trece palabras utiliza Cassou y 111 Schulman en lugar de las 119 de Cervantes, además los dos traductores invierten el orden original restituyendo el parámetro clásico del complemento después del verbo mas restando así la implicación de Cervantes de la atención profunda con la cual escuchaba a su amigo. De nuevo Schulman corta el largo periodo coordinado por las conjunciones «y» que Cassou respeta, en tres oraciones independientes, siguiendo su pauta de imprimir agilidad al texto.

Para concluir, podríamos aplicar a los profesores, y más si son de literatura, el juicio que don Quijote emitió sobre los traductores, con una socarronería de raíz tan celta que nos hace sospechar ser cierta la ascendencia gallega que algunos atribuyen a su padrastró: «no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio (...), porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen»⁵.

Cassou

— Lecteur oisif

— Mais moi qui encore que je semble être le père, ne suis que le beau-père de don Quichotte (...).

— «Charbonnier est maître chez soi».

— (...) pensant à ce que je dirais, il entra à l'improviste un mien ami, homme fort plaisant et bien entendu (...).

— Car comment voulez-vous que ne me rende pas inquiet ce que dira l'antique législateur que l'on appelle vulgaire, quand il verra qu'au bout de tant d'années comme il y a que je dors dans le silence ou l'oubli, je sors à cette heure avec tous mes ans sur ma tête, et une légende sèche comme du jonc, privée de toute invention, défectueuse de style, pauvre de saillies et dépourvue de toute érudition et doctrine, sans notes aux

marges et sans annotations à la fin du livre, comme je vois qu'il y en a d'autres, même (...).

— Enfin, monsieur et ami, poursuivis-je, je suis résolu que le seigneur Don Quichotte demeure enseveli en ses archives de la Manche (...).

Cervantes

— Desocupado lector

— Pero yo, que aunque parezco padre soy padastro de Don Quijote.

— «debajo de mi manto, al rey mato».

— (...) pensando en lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido (...).

— Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuesta, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en los márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están en otros libros, aunque sean (...).

— En fin, señor, amigo mío, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha (...).

Schulman

— Toi qui prendras le temps de me lire.

— Mais moi, qui ne suis que le parâtre de D. Quichotte et non le père comme on pourrait le croire.

— je puis tuer le roi sous mon bonnet.

— (...) à me creuser la tête, lorsque entra à l'improviste un de mes amis, un homme enjoué et plein d'esprit (...).

— Comment voulez-vous, continuai-je, que je ne sois pas inquiet de ce que dira ce législateur de toujours qu'on nomme le public, quand il verra qu'après tout le temps que j'ai passé à dormir dans le silence de l'oubli je reviens chargé d'ans, pour lui offrir un livre sec comme de la paille, pauvre d'invention, dénué de style, médiocre en jeux d'esprit, dépourvu d'érudition et d'enseignements, sans annotation en marge ni commentaires à la fin? Aujourd'hui on voit des ouvrages, même (...).

— En un mot, cher ami, continuai-je, je déclare que mon Don Quichotte restera enseveli dans ses archives de la Manche (...).

Cassou

— En bonne foi, cela ne vient point par faute d'habilité et d'adresse, mais procède d'un excès de paresse et d'une insuffisance de réflexion.

— Voulez-vous parler d'amour, avec deux onces que vous saurez de la langue toscane, vous trouverez Léon Hébreu, qui vous en donnera à pleine mesure.

— Tâchez aussi qu'en la lecture de votre histoire le mélancolique soit ému à rire, que le rieur le soit encore plus, le simple ne s'ennuie point, l'homme d'esprit en admire l'invention, le grave ne la méprise, et aussi que le sage lui donne quelque louange.

— J'écoutai avec un grand silence ce que ce mien ami me disait, et imprimai tellement ses raisons en mon entendement que sans aucune controverse je les approuvai pour bonnes, et d'icelles mêmes voulus faire ce prologue, auquel tu verras, bénin lecteur, la prudence de mon ami, ma bonne fortune de rencontrer en temps si opportun un tel conseiller, et ton soulagement de trouver l'histoire du fameux don Quichotte de la Manche tant sincère et non enchevêtrée ni embrouillée, duquel l'opinion est, parmi tous les habitants du district du champ de Montiel, qu'il fut le plus chaste amoureux et le plus vaillant chevalier qui se soit vu, depuis maintes années, en ces contrées-là. (1)

Cervantes

— A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso.

— Si tratáredes de amor, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con León Hebreo que os hincha las medidas.

— Procurad también, que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.

— Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. (1)

Schulman

— Croyez-moi, cela ne vient pas d'une absence d'ingéniosité, mais d'un excès de paresse et manque de réflexion.

— Si vous traitez de l'amour, pour peu que vous connaissiez quatre mots d'italien, vous tomberez sur Léon Hébreu, où vous trouverez de quoi vous satisfaire pleinement.

— Tâchez aussi qu'en lisant votre histoire le lecteur mélancolique ne puisse s'empêcher de rire, ni le rieur de s'esclaffer, que l'homme simple ne s'ennuie pas, que l'homme d'esprit en admire l'ingéniosité, que les personnes graves ne la méprisent pas, que les sages ne lui refusent pas leurs éloges.

— J'avais écouté mon ami dans un profond silence. Ses propos me firent si grande impression que j'y souscrivis entièrement et sans discussion; je décidai même d'en faire la matière de ce prologue, dans lequel tu pourras constater, aimable lecteur, la sagesse de mon ami, et la chance que j'ai eu de rencontrer au moment opportun pareil conseiller. Tu seras sans doute fort soulagé de savoir que j'ai écrit sans esbroufe ni complications l'histoire du fameux Don Quichotte de la Manche, dont tous les habitants de la plaine de Montiel disent qu'il fut l'amant le plus chaste et le chevalier le plus vaillant qu'on ait vu dans le pays depuis bien des années (3)

NOTAS

¹ *Don Quijote*, Segunda Parte, capítulo III.

² En Islamabad, el editor Shahif Naz está preparando la primera versión en urdú del *Quijote*.

³ *Le Curieux Impertinent. El Curioso impertinente*. Traducit d'Espagnol en François, par Ni. Baudouin. Paris, Jean Richer, 1608, in-12, 124pp. *Homicidio de la Fidelidad y la Defensa del Honor. Le Meurtre de la Fidélité, et la Defense de l'Honneur*. Où est racontée la triste, et pitoyable aventure du Berger Philidon, et les raisons de la belle et chaste Marcelle accusée de sa mort. Avec un discours de Don Quixote, De l'excellence des Armes sur les Lettres. Paris, Jean Richer, 1609, in-16, 125pp.

⁴ Véase la nota 1, pág. 9, edición del Instituto Cervantes-Ed. Crítica, 1998.

⁵ *Don Quijote*, parte segunda, capítulo LXII.